

048. Jesús en nuestra piedad

Muchas veces nos quejamos de lo floja que es la piedad de muchos cristianos. Es una piedad que no tiene fundamento sólido. Y hasta le damos un nombre despectivo y la llamamos *beatería*. No hay derecho a que sea así la piedad del cristiano, porque debe ser firme, convencida, constante. Para ello, no encontraremos un fundamento más estable que la Persona de Jesucristo.

Cuando Jesucristo llena la vida, la mente y el corazón, podrán venir verdaderos cataclismos y las pruebas podrán ser más devastadoras que un terremoto. Al fin, la piedad saldrá triunfante. Basta recordar a Pedro, el cobarde que reniega de Jesús ante la Pasión, pero no tarda un rato sin que rompa a llorar desconsoladamente: *¡He negado al querido Maestro! ¡He negado a Jesús!...* No necesitó más razones para volver al Señor. A pesar de la caída, el amor no fallaba ni fallaría jamás después.

Me viene a la mente ahora lo que ocurrió a los Padres Salesianos a principios del siglo veinte. Se habían instalado en Nazaret y levantaron una iglesia que dominaba la ciudad bendita. Ostentaba una estatua de Jesucristo joven, para atraer las miradas de todos los muchachos y muchachas del mundo entero hacia la figura del Joven más simpático y ejemplar que ha existido.

Viene la Primera Guerra Mundial y han de marchar de allí los celosos hijos de San Juan Bosco. Terminado el conflicto, vuelven esperanzados a Palestina y contemplan con dolor el montón de ruinas en que todo había parado. Pero brilló en sus mentes un rayo de luz: *¡Miren, miren!* Y ven todos entre los escombros erguida la estatua adorable del Joven Nazareno. Todo había caído, menos Jesús...

Era aquello —y lo sigue siendo ahora— un signo esperanzador. Pase lo que pase al alma—y ese *pase lo que pase* puede ser lo peor, o sea, la pérdida de la gracia por una vida lamentable de caídas—, si el amor a Jesucristo permanece en pie, no hay nada que temer. Se quitarán los escombros, se rehará la obra, y la piedad cristiana de esa persona será auténtica de verdad. Rezará, comulgará, ostentará sobre el pecho la cruz o la medalla, y nada sonará a falso, nada tendrá tilde de beatería, porque el amor de Jesucristo dará a todo el sello de la autenticidad.

Respecto de la piedad, podríamos establecer dos categorías de personas.

A la primera pertenecen esos que —diríamos— viven en una envidiable inocencia bautismal. Niños que parecen caídos del cielo; jóvenes y muchachas ilusionados por un gran ideal; esposas y madres que son un encanto; hombres honrados a prueba de bomba, orgullo de la sociedad y sobre todo de la Iglesia. Todos éstos han vivido siempre la piedad cristiana de manera casi inmaculada. ¡Dichosos de ellos, ciertamente!...

La segunda categoría la constituyen aquellos cuya vida no ha sido la de un ángel encarnado, sino que se ha visto dolorosamente hundida en la culpa. Pero ha llegado un día feliz en que se han dado cuenta de que no valía la pena seguir por senderos tan equivocados, se volvieron a Dios, y ahora, con la inocencia recuperada, están respondiendo con fidelidad envidiable a su vocación cristiana.

¿Dónde está el secreto de la piedad en una y otra categoría de cristianos? Ciertamente, en que llevan a Cristo en el corazón, y el amor de Cristo permanece siempre llameante.

Podríamos acudir a una comparación muy plástica. Entre los Apóstoles del Señor, el bueno de San Judas tuvo la mala suerte de llevar el mismo nombre que Judas el traidor. Además, en las listas del Evangelio ocupa el último lugar, al lado de su desgraciado homónimo.

Nadie en la Iglesia se acordaba de él. Hasta que un día alguien tuvo la feliz idea de remediar la soledad de San Judas Tadeo en la devoción de los fieles. Judas Tadeo no tenía ni historia ni casi leyenda entre los demás Apóstoles para poder inspirarse.

Pero el artista estuvo inspirado de verdad al componer la imagen. Sobre la cabeza del santo brillaba una imagen del fuego de Pentecostés. Y lo más importante y llamativo: sobre el pecho y cubriendo el corazón, aparece muy ostensible el gran medallón con la efigie de Jesús.

Al ver así la estampa del Apóstol, le pregunté a un sacerdote muy entendido:

- *¿No cree usted que este San Judas Tadeo es más afortunado que Pedro, que Pablo y que Juan? ¿Qué Apóstol le gana en belleza a esta representación suya?*

Y el buen sacerdote, muy amigo mío, me responde:

- *Tienes toda la razón. A mí me gustaría que mi vida no fuera otra cosa que lo representado por esta acertada imagen. Con la llama del Espíritu sobre mi frente, que después mi corazón estuviera sustituido por Jesucristo. Que quien me mirara a mí, no viera más que a Jesucristo. Que mi corazón no palpitara por cuenta mía, sino que en mí palpitara sólo el Corazón de Jesús.*

Esa es la piedad auténtica. Quien compendia en una fotografía así toda su vida —es decir, Jesucristo metido en el corazón, pero bien patente para los demás— tiene una piedad seria, fuerte, alejada de dulzonerías peligrosas.

Jesús es quien mueve la oración. Jesús quien centra el amor. Jesús llena todas las ilusiones y no se deja por nada la Comunión. A Jesús se le lleva al trabajo. Por Jesús se realiza cualquier actividad apostólica. No se mira más que a Jesús cuando se practica la caridad con los necesitados.

Es entonces cuando el cristiano dice con toda convicción las palabras más profundas de la piedad cristiana, dictadas por la experiencia del apóstol San Pablo: *Vivo yo; pero es que ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí...* Y esto, ¿por qué? Sencillamente, *porque mi vivir es Cristo*. Mi vida, ya no es de la tierra, mi vida es del Cielo. ¿Hay ganancia mayor que la mía?...